Temas americanos en la Literatura de Caña y Cordel

EL CANCIONERO AMERICANO CATALAN

Entre el cancionero catalán ochocentista existen cierto número de canciones de danza de aire romántico sobre temas americanos dictadas en castellano que llegan a construir un pequeño cancionero americano-catalán.

Hasta el primer tercio del siglo XIX perduraron una buena parte de los hábitos y de los perjuicios religiosos dominantes durante la edad media por efecto de los cuales la vida se desenvolvía en un ambiente de austeridad así moral como material. Las gentes se abstenían de toda expansión y de todo goce por temor de caer en pecado y todo avance y progreso era considerado como arte del diablo y tildado de diabólico. Corrientes de renovación y de liberalismo rompieron los viejos moldes y el péndulo se inclinó acentuadamente hacia el lado desmesurado de diversión y de expansión y en cada esquina se montó un teatro y en cada calle se organizó un sarao, las gentes cuyos padres y abuelos jamás supieron que cosa era una sala de espectáculos y tan sólo comprendían la danza en ocasiones de las grandes solemnidades y cuando las bulliciosas carnestolendas, se desgañitaban para ver comedias y se pasaban el tiempo bailando, en grado tan desmesurado como hasta entonces lo habían considerado como un pecado.

El afán por la danza coincidió con la expansión de las nuevas danzas y las viejas contradanzas, cuadrillas, bolengueras y jácaras, cedieron sus puestos a la mazurca, a la polca y sobre todo a la americana, a la habanera y al tango importados de América por la pléyade de navegantes y de comerciantes que contínuamente iban y venian entre el viejo y el nuevo continente. Los temas americanos estaban a la orden del día y la juventud ansiosa de novedades prefería las nuevas danzas que respiraban aires transoceánicos a las autóctonas. Paralela a las danzas de los grandes y lujosos salones bailadas al son de orquestas numerosas y de composiciones musicales polifónicas, existía otra suerte de danzas humildes propias de pequeñas reuniones y de ambientes modestos que se desenvolvían al son de canciones acompañadas a veces con guitarra y con acordeón. Existía aún una tercera suerte de danzas que podríamos calificar de mixtas puesto que participaban de las características que distinguen a las anteriores la melodía de las cuales era a la vez tocada por orquesta y cantada a coro por un grupo ordinariamente de hombres solos que se situaban entre los músicos de manera conveniente y adecuada. Esta suerte de bailes eran llamados danzas coreadas y durante un largo espacio de tiempo constituyeron el elenco del arte musical coréutico.

Las canciones de danza dieron origen a un profuso cancionero literario, hasta tal punto, que de todo hecho sobresaliente, fuese del orden de ideas que fuese, se dictaba una canción con aire de danza que era entonada por los propios danzantes que hacían a la vez las funciones de cantores y bailadores. Sucesos, desgracias, calamidades, crímenes, sátiras políticas, críticas personales y demás temas faceciosos que antes daban lugar a un romance después inspiraron un vals, una polca o una americana más que ninguna otra danza. Estas composiciones literariamente consideradas no tenían ninguna particularidad que las caracterizará o que las determinara como un tipo especial de danza lo cual dependía exclusivamente de la melodía con que era cantada de suerte que a pesar del calificativo que le aplicara su autor una misma composición podía servir para bailar diversas danzas siempre que las rimas y las tonalidades poética y musical se ajustarán entre ellas. Es muy dudoso que las canciones de

danza de tema sangriento y truculento hubieran sido jamás empleadas para la danza ya que el mal gusto no llegaba a tanto y por otra parte el tema halagueño era profundamente abundante para no tener que acudir a textos ingratos para servir de cantos de danza.

Distinguía melódicamente esta suerte de canciones de danza, una acentuada melosidad que les comunicaba una plácida dulzura y un aire de gran suavidad y agradable mansuetud. Eran muy balanceadas y de movimientos rítmicos lentos y suaves semejantes al harmonioso vaivén del oleaje lo que les hacía muy aptas para ser danzadas a bordo entre elementos marineros constituyendo uno de los solaces preferidos por los navegantes durante las largas e inacabables travesías a América durante los momentos de reposo y de asueto. Con alusión a la plácida cadencia de sus movimientos y de su melodía eran llamadas americanas del *pinyol dolç*, ello es del hueso dulce comparándolos a las melosas y frágiles frutas americanas cuya proverbial dulzura era tanta según el decir vulgar que resultaba en ellas más dulce el hueso que la carne de muchas de las frutas europeas.

La gran mayoría de las canciones de danza eran de tema amoroso y de un romanticismo exageradísimo de acuerdo con los corrientes imperantes en los momentos en que fueron dictadas. Se expresaban en términos apasionados en grado sumo y describían escenas irreales de las que eran protagonistas amantes enloquecidos de amor pertenecientes, muchas veces, a edades muy pasadas, de aire caballeresco y cortesano y a sociedades y ambientes muy alejados del versista que las dictaba, con lo cual amenudo resultaban desencajadas y desacordes con la verdad de las costumbres y de las maneras propias de los protagonistas. Estas canciones si resultaban impropias de sus autores, más inadecuadas resultaban aún para sus cantores la mayoría de ellos eran gentes sencillas e iletradas las cuales desconocían por completo los ambientes en que se movían, por el hecho de convertirse en protagonista de sus cantos puestos por sus autores en primera persona del singular. Poco conocedores del lenguaje usado y a veces del vocabulario ampuloso empleado por el autor, a menudo interpretaban mal las palabras y al cantar soltaban una buena suerte de disparates risibles conduciendo la canción a un terreno grotesco y extraño. Los autores, más versistas que poetas, no brillaban por sus luces literarias y sus obras siempre ampulosas y gongorianas resultaban mediocres.

Las canciones de danza eran difundidas en pliegos sueltos de cuatro páginas encabezados por un grabado alusivo al texto según la forma corriente en la impresión de los viejos romances con los cuales se confundían no por su fondo ni por su género literario sinó por su sistema de divulgación y de propagación. Eran expuestos en las paradas de los lugares tradicionales de venta de literatura de cordel y de toda suerte de imaginería popular y eran vendidos por las calles por cantores y músicos las más de las veces ciegos o lisiados semi pedigüeños los cuales los cantaban y entonaban acompañándose con el son de guitarras destempladas y con voces ingratas y desafinadas. Ordinariamente cada pliego contenía más de una canción; en primer término la primera era considerada como la mejor con el editor del impreso. El grabado que presidía el impreso siempre se refería a la canción principal y primera. Algunas veces también se ilustraban la segunda de las canciones inserta en la tercera página del impreso pero siempre con grabados más pequeños y en plan secundario.

La juventud del día ávida de conocer las canciones que a continuación se dictaban acudía a escuchar los ciegos vendedores de romances los cuales ordinariamente se situaban en lugares fijos y en días determinados. Más que el texto de la canción que podían poseer adquiriendo el impreso al precio de cinco céntimos, les interesaba asimilarse la melodía de oído puesto que generalmente el público que vivía estas canciones era ignorante de música y en muchos casos

(Continuará) ***Juan Amades.***